

PERSONAJES

MARIÓN DE LORME

DIDIER

LUIS XIII

EL MARQUÉS DE SAVERNY

EL MARQUÉS DE NANGIS

L'ANGELY

SEÑOR DE LAFFEMAS

SEÑOR DE BELLAGUARDA

EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU

EL CONDE DE GASSÉ

EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES

EL CABALLERO DE ROCHEBARON

EL CONDE DE VILLAC

EL CABALLERO DE MONTPELAT

EL ABATE DE GONDI

EL CONDE DE CHARNACÉ

ESCARAMUZA

GRACIOSO

FIERABRÁS

} Comediantes

} de provincia.

UN CONSEJERO DE LA GRAN CÁMARA

UN PREGONERO

UN CAPITÁN DE LA VILLA DE BLOIS

UN CARCELERO

UN ESCRIBANO

EL VERDUGO

OBRERO 1.º

• 2.º

• 3.º

UN CRIADO

SEÑORA ROSA

Comediantes de provincia, guardas, pueblo, gentilhombres,
pajes.

1863

ACTO PRIMERO

LA CITA

BLOIS

Un dormitorio. En el fondo, una ventana abierta sobre una balconada. A la derecha, una mesa con una lámpara y á su lado un sillón. A la izquierda, una puerta con tapiz. En la sombra, una cama.

ESCENA PRIMERA

MARIÓN DE LORME, vistiendo un traje estudiadamente descuidado, sentada cerca de la mesa y bordando una tapicería; EL MARQUÉS DE SAVERNY, jovencito rubio y lampiño, vestido á la última moda de 1638.

SAVERNY, acercándose á MARIÓN y tratando de besarla

Decididamente, mi pequeñuela María, tenemos que reconciliarnos.

MARIÓN, rechazándole

Sea, pero no tan de cerca.

SAVERNY, insistiendo

¡Un solo beso!

MARIÓN, colérica

¡Señor marqués!

SAVERNY

¡Qué indignación! Vuestra boca tiene caprichos más dulces á veces.

MARIÓN

Olvidáis...

SAVERNY

¡Oh, no! Me acuerdo bien, hermosa mía.

MARIÓN, aparte

¡Importuno!

SAVERNY

Hablad. ¿Qué debemos pensar de vuestra brusca fuga de París? ¿Por qué razón, mientras se os busca en la plaza real, yo os encuentro escondida en Blois?... ¡Ah, pérfida! ¿Qué habéis venido á hacer aquí desde hace dos meses?

MARIÓN

Hago lo que quiero, y quiero lo que debo. Soy libre, señor.

SAVERNY

¡Libre! Y decidme, señora, ¿son también libres aquellos cuya alma tenéis presa? Yo, Gondi, que dijo el otro día delante de vos la mitad de su misa y que por vos se ha batido; Nesmond, Pressigny y tantos otros, tan tristes desde vuestra fuga, que sus mujeres te quisieran en París sólo para que les alegraras los maridos?

MARIÓN, sonriendo

¿Y Beauvillain?

SAVERNY

Enamorado siempre.

MARIÓN

¿Y Cereste?

SAVERNY

Os adora.

MARIÓN

¿Y Pons?

SAVERNY

¡Oh! Este os odia.

MARIÓN

Es el único enamorado. ¿Y el viejo presidente...
(riendo)
que se llamaba...

(riendo más fuerte)

Leloup?

SAVERNY

Siempre en vuestra espera; tiene vuestro retrato y le ha hecho alguna elegía.

MARIÓN

Sí, hace ya dos años que me ama en efigie.

SAVERNY

Y ahora, en serio, ¿no es una ingratitud huir de tantos amigos?

MARIÓN, seria y bajando los ojos

Pues, en serio, marqués, precisamente mis amigos

son la causa de mi fuga. Todas las faltas brillantes que joven me sedujeron, no han dejado en mi corazón más que tristezas y amargura. He venido á la soledad, y tal vez al convento, á expiar una vida impura y loca.

SAVERNY

Apuesto que hay amor escondido.

MARIÓN

Creéis...

SAVERNY

Que el velo nunca se junta con tantos resplandores de juventud, sobre unas pestañas negras. Es imposible. ¡Vamos! ¡Marión ama en provincias! ¡Que una novela tan hermosa tenga un desenlace tan pobre!

MARIÓN

Os equivocáis.

SAVERNY

Apostemos...

MARIÓN

Rosa, ¿qué hora es?

ROSA, desde afuera

Pronto media noche.

MARIÓN, aparte

¡Media noche!

SAVERNY

No es malo el ardid para decirme: ¡*márchate!*

MARIÓN

Vivo muy retirada... sin recibir á nadie, ignorada de todos... Además, os podría acontecer alguna desgracia; esta calle es desierta y está llena de malhechores.

SAVERNY

Bueno; me robarán.

MARIÓN

A veces de asesinos.

SAVERNY

Me asesinarán.

MARIÓN

Pero...

SAVERNY

¡Oh, sois divina!... Pero antes de partir quiero que me digáis cuál es el feliz pastor que nos sucede á todos.

MARIÓN

Nadie.

SAVERNY

Os guardaré el secreto. A los cortesanos se nos tiene por cabezas locas, maldicientes, curiosos, quisquillosos, indiscretos; pero, aunque charlamos siempre, no hablamos jamás. ¡Ah! ¿Os calláis?

(Sentándose)

Me quedo.

MARIÓN

Pues bien, sí. ¿Qué me importa? Amo, espero á alguien.

SAVERNY

¡Eso es hablar! ¡Gracias á Dios! ¿Y dónde le esperáis?

MARIÓN

Aquí.

SAVERNY

¿Y cuándo?

MARIÓN

Dentro de poco.

(Va hacia la balconada y escucha.)

Tal vez esté ya aquí.

(Volviendo.)

No.

(A SAVERNY.)

Ya estáis satisfecho.

SAVERNY

No del todo.

MARIÓN

¡Por Dios, marchaos!

SAVERNY

Sí; pero antes vais á nombrarme á ese galán por uya culpa me veo despedido de ese modo.

MARIÓN

No le conozco por otro nombre que el de Didier, ni él á mí por otro que el de María.

SAVERNY

¿De verdad?

MARIÓN

De verdad.

SAVERNY, riendo

¿Pero entonces estáis en pleno idilio? Estas amistades trascienden á Arcadia. ¿No tiene la costumbre de escalar el muro para visitaros?

MARIÓN

Tal vez. Pero ahora marchaos; os lo suplico.

(Aparte.)

¡Oh, me abruma!

SAVERNY, otra vez en tono serio

Por lo menos ¿sabéis si es un buen gentilhombre?

MARIÓN

No sé nada.

SAVERNY

¡Cómo!

(A MARIÓN, que le empuja hacia la puerta.)

Ya me marcho.

(Volviendo.)

Todavía una palabra; me olvidaba. Un autor, que no es ningún necio,

(saca un libro de su bolsillo y lo entrega á MARIÓN)

ha escrito para vos este libro. Y ha sido enorme la bulla.

MARIÓN, leyendo el título

«La Guirnalda de amor, á Marión de Lorme.»

SAVERNY

En París no se habla más que de «La Guirnalda de amor»; ella y «El Cid» son el éxito del día.

MARIÓN, tomando el libro

Es muy galante. Adiós.

SAVERNY

¿De qué os sirve ser ilustre si habéis de acabar en Blois enamorada de un zafio?

MARIÓN, llamando á ROSA

Encargaos del marqués, Rosa, y conducidle.

SAVERNY, saludando

¡Ah, Marión, Marión! ¿Vos delegando despidos?



ESCENA SEGUNDA

MARIÓN, después DIDIER

MARIÓN, sola

(Cierra la puerta por la que acaba de salir SAVERNY.)

¡Acaba de marcharte!... Temí que Didier...

(Suena media noche.)

Es media noche.

(Después de contar las campanadas.)

Media noche. Ya debía estar aquí.

(Se dirige á la balconada y contempla la calle.)

¡Nadie!

(Vuelve y se sienta malhumorada.)

¡Retrasarse... ya!

Aparece un joven tras la baranda de la balconada, la salta con agilidad, entra y deja sobre un sillón su capa y una espada. El traje de la época, completamente negro. Da un paso, se detiene y contempla algunos instantes á MARIÓN, que está sentada con los ojos bajos.)

¡Ah!

(Con reproche.)

¡Dejarme contar la hora esperándoos!

DIDIER, con gravedad

No me decidía á subir.

MARIÓN, ofendida

¡Cómo!

DIDIER, sin hacer caso

No hace mucho, al pie de vuestro balcón, he sentido mis entrañas llenarse de piedad; sí, de piedad por vos. Yo, funesto y maldito, decíame entre mí: Allá arriba, resplandeciendo en el cielo de su virtud y su beldad primera, vela un ángel de luz casto y dulce, ante el que deberían arrodillarse, juntando sus manos, los viandantes en los caminos. Y yo, pobre engendro rampante, parto de la multitud, ¿qué soy? ¿Por qué enturbiar un agua tan limpia y tan clara? ¿Por qué arrancar ese lirio? ¿Por qué empañar con mi impuro soplo el azul de su alma? Ya que con candidez se entrega á mi lealtad—ella, que santifica la inocencia á mis ojos—, ¿tengo yo el derecho de aceptar el don de su amor y de mezclar á su día las sombras y la noche de mi espíritu?

MARIÓN, aparte

Todo esto debe ser teología. Tal vez es un hugonote.

DIDIER

Pero la magia de vuestra voz, llegando á mis oídos, me ha sacado de mis dudas y me ha conducido á vuestros pies.

MARIÓN

¡Cómo! ¿Me habéis oído hablar? ¡Es bien extraño!

DIDIER

Vuestra voz alternaba con otra.

MARIÓN, vivamente

La de Rosa. ¿Verdad que parece una voz de hombre? Tiene el habla dura y fuerte. Pero, ya que estáis aquí, toda mi inquietud se ha desvanecido. Sentaos, os lo ruego.

(Señalándole un sitio á su lado.)

Aquí.

DIDIER

No. A vuestros pies.

(Se sienta sobre un taburete á los pies de MARIÓN, y algunos instantes la contempla en silencio.)

Escúchame, María. Mi solo nombre es Didier. No he conocido nunca á mi padre ni á mi madre. Recién nacido, desnudo, me abandonaron en el quicio de una iglesia. Una pobre mujer del pueblo, de alma bondadosa, me recogió; fué mi nodriza y mi madre, me educó cristianamente y luego murió, dejándome todos sus bienes, unas novecientas libras de renta, de las cuales vivo. Solo, ha veinte años, la vida era amarga y triste. Viajé. Conocí á los hombres, y no viendo más que miseria y amargura sobre ese pobre espejo que llaman rostro humano, odié á los unos y desprecié á los otros. Ahora me encuentro joven todavía y, sin embargo, viejo, cansado del mundo, como si tuviera que abandonarlo, y hallando mala la vida, pero hallando peores á los hombres. Pobre, sombrío, aislado, así vivía, cuando vos me aparecisteis para servirme de consuelo. No os conozco; á la vuelta de una esquina

os vi por vez primera. Luego he vuelto á encontraros muchas veces, y siempre me parecían dulces vuestros ojos y tiernas vuestras palabras. Tuve miedo de amaros. Huí. ¡Extraña coincidencia! Otra vez me aparecéis aquí, como mi ángel bueno. En fin, turbado mi espíritu, flotante, irresoluto, he querido hablaros y vos habéis consentido. Ahora disponed de mi corazón y de mi vida. ¿En qué puedo servirlos que os sea agradable? ¿Qué persona ó qué cosa queréis que aniquile? ¿Deseáis algo y necesitáis de alguien que muera para lograrlo? ¿Que muera sin quejarse, convencido de que toda su sangre está pagada con una sonrisa? ¿Lo necesitáis? Hablad, ordenad; aquí estoy.

MARIÓN, sonriendo

Sois un original; pero, tal como sois, os amo.

DIDIER

¿Me amáis? Tened cuidado. No hay acento frívolo para semejante palabra. ¿Me amáis? ¿Y sabéis lo que es el amor? ¿Sabéis lo que es un amor que se convierte en nuestra sangre y que, largo tiempo escondido, estalla de repente, para purificar con su fuego nuestra alma, y que sólo dentro de nuestro corazón, donde pretendemos esconderle, consume los vanos despojos de las otras pasiones? ¿Un amor, á la vez sin esperanza y sin límite, y que, profundo y tranquilo, sobrevive á la misma felicidad? Decidme. ¿Queréis hablarme de este amor?

MARIÓN, conmovida

Sí...

DIDIER

¡Oh! Vos no lo sabéis; yo os amo ardientemente. Desde el día en que os vi, mi vida, negra todavía, se

doró; vuestras miradas me iluminaron en la sombra. Desde entonces todo ha cambiado. Vos resplandecéis á mis ojos como un ser desconocido, de la especie de los dioses. Veo esta vida, contra la que mi corazón se rebelaba, bajo un aspecto que la hace casi hermosa; porque hasta encontraros á vos, solo, oprimido, errante, había luchado, había sufrido..., pero no había amado.

MARIÓN

¡Pobre Didier!

DIDIER

¡María!

MARIÓN

Pues bien, sí, yo os amo. ¡Oh, creed que os amo, tanto como vos á mí! ¡Más tal vez! Yo soy quien ha seguido vuestros pasos y quiero ser vuestra.

DIDIER, arrodillándose

¡Oh, no me engaños! Que vuestro amor responda al mío, y mi felicidad podrá hacer la delicia de un mundo; y postrado á vuestros pies, mis días no serán más que una satisfacción y un amor constantes... ¡Oh, si me engañarais!

MARIÓN

¿Qué necesitáis para creer en mi amor?

DIDIER

Una prueba.

MARIÓN

¿Cuál?

DIDIER

¿Sois libre?

MARIÓN, con cierto embarazo

Sí.

DIDIER

Tomadme por hermano, por apoyo; sed mi esposa.

MARIÓN, aparte

¿Por qué he de ser indigna de él?

DIDIER

¿Decís...?

MARIÓN

Pero...

DIDIER

¡Oh, os comprendo! Huérfano, sin fortuna, mi audacia es inaudita y extraña; os he ofendido. Dejadme, pues, tranquilo con mis penas, con mis desgracias y con mi abandono. ¡Adiós!

(Intenta salir; MARIÓN le retiene.)

MARIÓN

Didier, Didier. ¿Qué decís?

(Llora.)

DIDIER, volviendo

¡Oh, perdonadme! Pero ¿por qué dudáis?

(Acercándose á ella.)

¿Me has entendido bien, María? ¡Ser el uno para el otro! ¡Una patria, un mundo, un cielo! ¡Vivir ignora-

dos, en el sitio de tu elección, y esconder en él una felicidad que los reyes envidiarían!

MARIÓN

¡Ah, qué hermoso sueño!

DIDIER

¿Lo quieres?

MARIÓN, aparte

¡Desdichada!

(En voz alta.)

No puedo. Jamás.

(Se arranca de los brazos de DIDIER y se deja caer sobre un sillón.)

DIDIER, glacial

La oferta era poco generosa de mi parte. Basta. No hablemos más de ello.

MARIÓN, aparte

¡Ah! ¡Maldito sea el día en que pude gustarle!

(En voz alta.)

Didier, ya os diré... ¡Si supierais lo que sufro!... Ya os explicaré...

DIDIER, friamente

Cuando yo he llegado, ¿qué leíais, señora?

(Coge el libro de sobre la mesa y lee.)

La guirnalda de amor, á Marión de Lorme.

(Amargamente.)

¡Sí, la beldad del día!

(Arrojando el libro con violencia.)

¡Ah, criatura vil, impura entre las mujeres!

MARIÓN, temblorosa

Señor...

DIDIER

¿Qué hacéis vos de estos libros infames? ¿Cómo están aquí?

MARIÓN, débilmente y bajando los ojos

El azar...

DIDIER

¿Sabéis vos, cuyos ojos son puros y cuya frente es limpia, sabéis vos quién es Marión de Lorme? Una mujer de cuerpo bello y de alma abyecta; una Friné, que vende á cualquiera su amor hecho de horror y de vergüenza.

MARIÓN, con la cabeza entre las manos

¡Gran Dios!

(En la calle ruido de pasos, crujir de espadas y gritos.)

VOZ DE LA CALLE

¡Al asesino!

DIDIER, extrañado

¿Qué ruido es este en la plaza?

VOZ DE LA CALLE

¡Auxilio! ¡Que se matan!

DIDIER, mirando por la balconada

Tratan de asesinar á alguien.

(Toma su espada y va á saltar por el balcón. MARIÓN se levanta, corre á él y le retiene por la capa.)

MARIÓN

¡Didier! ¡Si me amáis... quedaos!... Van á mataros...

DIDIER, saltando á la calle

¡A él le matarán, si no le auxilio!

(Ya fuera, á los combatientes.)

¡Deteneos! ¡Vos, aguantad firme!

(Ruido de espadas.)

¡Empujad! ¡Toma, miserable!

(Ruido de espadas, de voces y de pasos.)

MARIÓN, en el balcón con horror

¡Cielos! ¡Seis contra dos!

VOZ DE LA CALLE

¡Pero este hombre es el diablo!

(El ruido de armas decrece poco á poco; luego cesa por completo. Ruido de pasos que se alejan. Se ve reaparecer á DIDIER, que escala el balcón.)

DIDIER, todavía fuera del balcón y vuelto el rostro á la calle

Ya estáis libre. Seguid vuestro camino.

SAVERNY, desde afuera

No he de irme sin estrecharos la mano y sin daros las gracias.

DIDIER, malhumorado

No, podéis marcharos; os dispenso de todo agradecimiento.

SAVERNY

Yo os quiero dar las gracias.

(Escala el balcón.)

DIDIER

¿Y sin subir no podíais decirme gracias desde abajo?

ESCENA TERCERA

MARIÓN, DIDIER y SAVERNY

SAVERNY, saltando en el cuarto con la espada desnuda

¡Por mi vida, tenéis un modo extraño de ser generoso! ¡Salvarme la vida y darme con la puerta, digo, con la ventana en las narices! No, no ha de ser dicho que un hombre de mi alcurnia deba su salvación á la bravura de un noble gentilhombre, sin decirle, por lo menos: Marqués..., ¿qué nombre es el vuestro, señor?

DIDIER

Didier.

SAVERNY

Didier... ¿de qué?

DIDIER

Didier de nada. Sencillamente: iban á mataros, yo llego y os socorro; pues bueno, ya hemos acabado. No hay que hablar más.

SAVERNY

¡Abomino de vuestras brusquedades!... ¿Por qué no me dejasteis asesinar por esos traidores bajo vuestras ventanas? Lo habría preferido. ¡Y sin vos era

muerto! ¡Seis malandrines contra mí! ¡Seis puñales contra una pobre espada!

(Reparando en MARIÓN, que habrá procurado evitarle.)

Pero vos tenéis aquí ocupaciones espirituales. Ya comprendo. He interrumpido un dulce coloquio. ¡Perdón!

(Aparte.)

Pero examinemos á la dama.

(Se acerca á MARIÓN, que tiembla y la reconoce. Bajo.)

¡Cómo! ¿Sois vos?

(Señalando á DIDIER.)

Entonces... ¿es él?

MARIÓN, en voz baja

¡Si no calláis, me perdéis!

SAVERNY, saludando

Señora...

MARIÓN, en voz baja

Es la primera vez que amo.

DIDIER, aparte

¡Por mi vida, que este hombre la mira con ojos atrevidos!

(De un puñetazo derriba la lámpara.)

SAVERNY

¿Qué es esto? ¿Apagáis la luz?

DIDIER

Digo que, si os agrada, conviene que salgamos juntos.

SAVERNY

Sea; os sigo.

(A MARIÓN, saludándola profundamente.)

Adiós, señora.

DIDIER, aparte

¿A quién se parece este muñeco?

(A SAVERNY.)

Seguidme, pues.

SAVERNY

Sois un poco salvaje, pero os debo la vida... Y si alguna vez necesitáis abnegación, interés, valor, amistad de hermano... marqués de Saverny, París, Hotel de Nesle.

DIDIER

Bueno.

(Aparte.)

¡Que un fatuo la examine de este modo!

(Saltan por el balcón. Se oye la voz de DIDIER que dice:)

Vuestro camino es por allá, el mío por aquí.

ESCENA CUARTA

MARIÓN y ROSA

... (MARIÓN queda un momento ensimismada; luego llama.)

MARIÓN

¡Rosa!

(Aparece Rosa; mostrándole la ventana.)

Cerrad.

ROSA, después de cerrar la ventana, se vuelve á MARIÓN, que se enjuga una lágrima. Aparte

Parece que llora.

(En voz alta.)

Ya es hora de recogerse, señora.

MARIÓN

Sí, ya debéis retiraros.

(Deshaciendo sus cabellos.)

Ayudadme.

ROSA, comenzando á desnudarla

¿Qué me decís del caballero de esta noche? ¿Es rico?

MARIÓN

No.

MARIÓN DE LORME

39

ROSA

¿Galante?

MARIÓN

No. Ni tan siquiera me ha besado la mano.

ROSA

Entonces, ¿qué hacéis de él?

MARIÓN, pensativa

Le amo.